

EL NUEVO ATENEO.

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA, ARTÍSTICA,

DE INTERESES Y NOTICIAS LOCALES Y GENERALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes. 1 pta.
Trimestre. 2,50
Números sueltos.. 0,25
Pago anticipado.

DIRECTOR:

D. FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

La correspondencia se dirigirá á la Redaccion y Administracion, Cristo de la Luz, 16, pral.

INTRODUCCION

A UN ESTUDIO FILOSÓFICO SOBRE «EL HOMBRE.»

A poco que meditamos sobre el estado imperfecto en que generalmente recibimos la relacion de cuanto nos rodea; á poco que observamos la confusion verdaderamente caótica con que se producen en nuestra inteligencia las ideas, cuando sin subordinacion á un principio regularizador amontonamos vanamente conocimientos sobre conocimientos, surge ante nosotros la necesidad imprescindible de regirlos por leyes fijas y ciertas que los unan y encadenen en una solidaridad inquebrantable. Esta necesidad se hace sentir en todos y cada uno de los actos de nuestra vida; ya en su aspecto práctico, ya en su fase intelectual y moral. Observamos en efecto, y á cada paso podemos comprobarlo, que somos dueños de una multiplicidad verdaderamente indefinida de conocimientos relativos á diversos ramos del saber humano (Filosofía, Historia, Ciencias físicas, matemáticas, etc.) y estos conocimientos pueden muy bien ser todos completamente exactos, pero como quiera que los recibimos generalmente sólo por *saber*, sin cuidarnos de *saber en relacion*, resulta que en muchos casos suelen ser no sólo inútiles sino aún perjudiciales, y ésto se explica perfectamente. Tenemos ideas ó conceptos de la totalidad científica, pero como no nos hemos impuesto el trabajo de reunirlos en un cuerpo de doctrina, como no hemos formado sobre ellos nuestro criterio individual, las consecuencias son siempre deplorables. En primer término, y como quiera que la formacion de este criterio no es obra de un momento, ántes bien es larga y laboriosa, sucede que cuando en una discusion suscitada sobre un punto cualquiera científico, tratamos de expresar nuestra opinion, hallamos con dolor que realmente no la tenemos. El *Magister dixit* es en tal caso el único argumento que podemos invocar en nues-

tro auxilio y aún así no tardamos en caer en los abismos de la contradiccion y del sofisma. En resumen, hallamos que sabemos muchas cosas, pero que realmente y en el verdadero sentido de la frase *sabemos muy poco ó nada*. No se cumple, pues, nuestra mision con aprender en cantidad únicamente, necesitamos ampliar la esfera cualitativa de nuestros conocimientos.

Ya hemos dicho anteriormente que la formacion de nuestro criterio no es una obra fácil ni rápida, sino que constituye un proceso lento y laborioso. Así es en efecto, pero también es verdad que para echar las primeras bases, los cimientos de este edificio, para hallar ese principio fundamental á que despues hemos de ajustar todas nuestras ideas generales, nos basta examinar reflexiva y detenidamente nuestros conocimientos, investigar sus condiciones y hallar la modalidad de las relaciones que entre ellos existen. Una vez alcanzados estos fines, nuestro trabajo se simplifica en gran manera; nos sentimos completamente desembarazados de la opresion intelectual que anteriormente nos incapacitara para la recta direccion de nuestras facultades, y nos encontramos auxiliados, merced á esta regularizacion sistemática de nuestro pensamiento, por un arma poderosísima, el libre análisis racional y científico.

Inútil parece por lo tanto encarecer las ventajas de esta nueva situacion de nuestra inteligencia en que, cada conocimiento adquirido, en vez de aumentar como en el estado anterior nuestra indecision moral, sirve por el contrario como de comprobacion y sancion de la doctrina ya formulada contribuyendo poderosamente á reforzarla. Todo se nos aparece como más claro, como más necesario, como más lógico; entonces apreciamos verdaderamente la realidad del objeto presente á nuestro estudio, entonces y sólo entonces nos sentimos capaces de formar conocimiento individual científico; diríase que se han desvanecido las

nubes de nuestro espíritu y admiramos la luz de un esplendente sol; el sol de la verdad. Formar claro conocimiento de la realidad existente; adquirir un criterio razonado; saber en relacion; tal es en resúmen el fin á que hemos de dirigir nuestra actividad espiritual si hemos de saber científicamente de los múltiples objetos que se ofrecen ante nuestra inteligencia. Pero este fin requiere un método y este método precisa necesariamente un punto de partida y un punto de término. Y aquí nos encontramos ya con la primera dificultad muy digna de ser tenida en cuenta si se considera que sólo en el grado y medida en que sean legítimos nuestros medios de investigación y el camino que para facilitarla sigamos, sólo en ese grado serán también legítimos los resultados que sucesivamente vayamos adquiriendo de nuestro trabajo. El objetivo de éste (certeza científica) nos prueba suficientemente su importancia ulterior en la vida; conviene por tanto reflexionar y reflexionar muy detenidamente, ántes de decidirnos por una senda que abrazada con precipitación podría muy bien conducirnos á los más graves errores. La primera cuestión, pues, que hemos de resolver es la formulada en la pregunta siguiente: ¿Cuál es, cuál debe ser el punto de partida que nos sirva como de base para llegar á la verdad por medio de la sistematización de nuestros conocimientos?

Desde luego, y á poco que sobre este particular reflexionamos, la razón nos marca uno, verdaderamente insustituible, el hombre. Sí, el hombre, ese ser que tan portentosas manifestaciones dá á cada momento de su potencia intelectual, ese gran transformador del planeta que habita, ese misterioso enigma que no sin fundamento consideramos como un verdadero microcosmos debe ser, indudablemente, la base de un estudio cuyo objeto es casi exclusivamente á él referido. Pero no es en este punto, en realidad indiscutible, donde la dificultad estriba, sino en una como consecuencia que de su afirmación se deduce y que es la siguiente: Deberemos, para comenzar nuestra investigación, considerar al hombre en relacion con lo que le rodea ó en relacion consigo propio? ¿Cuál debe ser nuestro punto de partida, lo que es exterior ó lo que es interior al hombre mismo?

Diversas y aún opuestas han sido las teorías que acerca de este asunto concreto, se han ideado por los filósofos de todos los tiempos. No nos detendremos á enumerarlas; esto sería sumamente largo y poco fructífero; bástenos hacer presente que mientras algunos psicólogos (Locke, el abate Condillac, etc.) han sustentado la opinión de que el hombre podía ser comparado á una estatua

condicionada para el pensamiento y que fuera recibiendo sucesivamente ante el espectáculo de la naturaleza una serie de impresiones (placer, dolor, etc.) que determinasen la formación de su conocimiento, negando así la posibilidad de las ideas innatas; otros han juzgado que estas ideas permanecían como en estado latente, esperando una ocasión favorable para manifestarse en actos sensibles. Esto es lo que se refiere á los caracteres del sujeto consciente, pues en lo que toca al principio fundamental del conocimiento mientras unos filósofos le buscan en lo que es exterior al hombre, partiendo de la percepción externa y deduciendo de aquí la existencia de una fuente concedora, otros toman como base lo que es interior á nosotros, lo que se ha llamado el alma humana, estudiando sus caracteres y medios de significación y llegando por este camino á investigar las íntimas relaciones que la entidad hombre tiene con todo lo que le rodea, con el Universo en general.

¿Cuál de estas dos tendencias es la más legítima? Poco necesitamos reflexionar para comprender que ambas se hallan relacionadas de tal suerte que no pueden concebirse como independientes la una de la otra. En efecto: si queremos comenzar nuestro estudio, examinando los caracteres de nuestra percepción interna, merced á esta misma percepción, tenemos que reconocer ante todo que existimos, es decir, que somos algo real y efectivo, que guardamos estrechas relaciones con el mundo exterior, sin el cual no podríamos concebir nuestra existencia. Por el contrario si damos comienzo á nuestro estudio reconociéndonos como seres conscientes y vivos, en virtud de las impresiones continuas que los sentidos nos transmiten de los agentes que nos circundan, hemos de considerarnos necesariamente como en posesión de algo que tiene la propiedad de sentir, conocer y juzgar estas mismas impresiones.

Así pues no nos parece esencial la diferencia que entre estas dos direcciones de nuestra actividad existe, puesto que á poco que profundicemos en la marcha de ambas, podemos deducir consecuencias idénticas. Creemos sin embargo preferible la que toma como base el conocimiento de nuestro interior porque es más inmediata, más indudable, y exige por lo tanto un proceso menos complejo y laborioso que la segunda, que ha de vencer á cada momento grandes dificultades para adelantar un paso en la senda que persigue. Podríamos decir que son dos caminos que aunque conducen á un mismo término (el conocimiento de la verdad) requieren mayor ó menor suma de actividad para allanar los obstáculos que en ambas se presentan, pero que producen mucha mayor con-

fusion en el último que en el primero. Debemos por lo tanto inclinarnos con preferencia á ésta, pero sin negar por eso su valor, que seguramente le tiene, á la otra tendencia, de que es un ejemplo la filosofía de Rousseau, cuyo mayor inconveniente es la exagerada importancia que se dá á los sentidos como fuentes del conocimiento.

Una vez probada la importancia que tiene en la vida la formación de nuestro criterio individual, y razonado y marcado el camino que debemos seguir para lograrlo, cumple á nuestro propósito dar los primeros pasos en esta senda que á tan portentoso fin nos ha de conducir. Para ello hemos de fijarnos ante todo en el hombre en cuyo interior, como decia un célebre filósofo de la antigüedad, hallaremos la verdad si la perseguimos con verdadero propósito de conocerla y admirarla. El hombre examinado y juzgado por sí mismo, hé aquí la base de toda ciencia; hé aquí la clave de todos los misterios que ya bajo el punto de vista intelectual, ya bajo la fase material y física, se ofrecen constantemente ante nuestra investigación.

ENRIQUE VERA Y GONZALEZ.

EL CRISTIANISMO.

DEDICADO Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. JOSÉ GUTIERREZ MATORANA, MARQUÉS DE MEDINA.

La historia no es más que una sucesión no interrumpida de causas y efectos; los grandes acontecimientos, que señalan sus diversas épocas, son las crisis de su incesante desarrollo; y es tan imposible que haya transiciones, que no sean naturales, como lo es que haya un hecho que no derive inmediatamente de otro. Una época es la continuación de otra época, una generación de otra generación, un pueblo de otro pueblo; el hombre muere pero la humanidad vive y la humanidad es una en el tiempo y en el espacio.

En el terreno de la historia todas las religiones son instrumento providencial de la educación de los pueblos; todas contienen elementos de la verdad eterna y son producto de necesidades y circunstancias de tiempo y lugar, por naturaleza transitorias. Para comprender el Cristianismo como hecho histórico no hace falta el elemento sobrenatural; el desarrollo del espíritu humano, según las leyes generales, basta para comprender su doctrina, su establecimiento, su extensión. Comparando la predicación evangélica con el pasado del género humano, se reconoce que la historia está en su derecho desechando como supérflua la idea de una revelación: la antigüedad ha servido de preparación á Jesucristo, el Cristianismo es un momento en la vida de la Humanidad. Y como ésta no retrocede ni se estaciona, la Nueva Doctrina—si es que la ley del progreso no es falsa—había de ser benéfica en resultados, superior á las anteriores, más pura y más hermosa en sus principios.

Un pueblo orgulloso dominaba la mayor parte de las naciones, el egoísmo era la ley del mundo, el politeísmo la

creencia general, el despotismo cruel del imperio Romano pesaba sobre todas las provincias, en el momento de la aparición de Jesucristo. Los pueblos habían agotado sus fuerzas luchando por su independencia; sentíase por todas partes la necesidad de un cambio y no había en el mundo más que una consoladora esperanza: los profetas hebreos habían anunciado un Mesías.

Jesucristo opone al politeísmo el dogma de la unidad divina—principio grande y fecundo cuyas consecuencias bastaban para regenerar al hombre;—de la unidad divina deriva inmediatamente el dogma de la unidad humana y de éste el de la fraternidad y la solidaridad universal. « Si no hay más que un Dios y de Él somos hechura, tenemos todos un Padre, somos todos hermanos, constituimos todos con Él una familia. » Toda distinción fundada en la diversidad de castas, de razas, de clases, es absurda: la igualdad es la única base legítima de las sociedades. ¡No se necesitaba otro principio para llevar el mundo á una revolución completa! Y, sin embargo, es triste, muy triste, que una doctrina que encerraba en sí el porvenir de la Humanidad, no haya producido en el largo espacio de diez y nueve siglos mejores resultados que los que la historia registra!... Envuelta la doctrina en sombras y misterios, los pueblos no penetran en el fondo, no se fijan sino en las formas y creen, á poco, haber cumplido los deberes que les impone, con sólo entrar en el templo y pronunciar maquinalmente fórmulas cuyo sentido ignoran.

Así podemos explicarnos el hecho histórico de que el Cristianismo pretenda modificar la sociedad, y á pesar de su poder, no lo alcanza durante muchos siglos, sino parcialmente; así podemos explicarnos el por qué su semilla no produce, en muchas naciones, más que frutos de sangre y queda sepultada entre ruinas y escombros. La historia nos dice por qué el sacerdocio que debía predicar la castidad vive en medio del libertinaje y de la crápula; por qué trayendo á la tierra una misión de paz, deja á menudo el sayal por la armadura y la iglesia por el campo de batalla. La historia nos explica por qué en el espacio de muchos siglos no se vé un solo rasgo de civilización; por qué un fanatismo ciego ocupa el lugar de las verdaderas creencias; por qué se lleva la impiedad en el corazón y la caridad en los labios; por qué apenas se sabe adorar á Dios en el silencio y recogimiento del espíritu, cuando se hacen ridículas ceremonias; por qué después de tantos siglos la caridad está reducida á la limosna, la comunión á una ceremonia religiosa, la humildad y la igualdad á una mentira; por qué la fé cae en un fanatismo denigrante ó en un ascetismo estéril y una vez perdida lleva á la indiferencia ó al ateísmo.

La Humanidad ha procedido siempre así, cuando el sentimiento sustituye al raciocinio: empieza por sentir aspiraciones y acaba por tener sistemas. El hombre, presa del delirio, ha arrojado de lo desconocido lo ignorado. Como escribe Victor Hugo, « es espantoso lanzar algo á la silenciosa negrura, sin saber lo que se lanza ni á donde se lanza: es un atentado triste aumentar el estupor del abismo con el ruido y enviar nuevas sombras á la noche. »

La sencillez y la pureza de la doctrina evangélica se han oscurecido; la mejor edificación—el ejemplo—está en desuso; la humildad, el amor y la inocencia olvidados. Cristo predicó con el ejemplo y dió la voz de alerta contra los falsos profetas, contra los hipócritas: «Guardaos de estos

lobos rapaces disfrazados con piel de ovejas que, bajo un interior modesto y que no respira más que la sencillez y la mansedumbre, tenderán lazos á vuestra simplicidad é inocencia. »

Amad, amad, amad.... sed hermanos, nos dice el Cristianismo; sed puros, sed dulces, sed verdaderos, sed buenos; el ódio es un viento sombrío y pestilente; el derecho de los buenos es ser hermanos de los malos; el justo que no ama no es justo; « el sol dejaría de ser sol si negara sus rayos á los tigres y á los lobos. »

Iluminad al que derrama sobre vosotros la sombra; curad al que os hiere; fuerza, ayuda á la debilidad; ricos, el modo de enriquecerse es dar, sembrad; pobres, la pobreza no es el ódio, amad; pensadores, tened el alma grande, sed humildes: *paz y perdon para todos.*

El Cristianismo reunió en su dogma todas las verdades esenciales desarrolladas por los filósofos, separándolas de los errores con que iban mezcladas; imprimió la certidumbre de la fé á lo que constituía el objeto de las discusiones y de las dudas; comunicó á todos los fieles, bajo la forma de creencias, las enseñanzas de la filosofía, que hasta entónces habian sido patrimonio de corto número de inteligencias; la humanidad encontraba en él satisfacción á sus necesidades intelectuales y religiosas. Este sistema ha absorbido todo lo mejor de la moral, de la filosofía y la teología de los pueblos antiguos; por eso,—humanamente hablando—en sus prodigiosos desenvolvimientos ha avasallado tantas generaciones, dominado sus sentimientos, sus intereses, su vida entera.

¿Cómo, despues de tantos triunfos y conquistas, el Cristianismo se ha detenido, en su marcha ascéndice? Cuestión es ésta que pertenece de lleno á la filosofía de la historia y exige mayor espacio del que disponemos en un simple artículo: algunos la contestarian, sin embargo, de un modo sencillo, escribiendo: « que los Padres, los doctores, los teólogos de todos los siglos, han multiplicado las explicaciones, los comentarios, las *armonías* de una doctrina clara y hermosa como la luz del día, y que todos los trabajos acumulados, todos los esfuerzos hechos para interpretar, torcida é interesadamente, la verdad evangélica, no han probado otra cosa que la imposibilidad de detener la marcha del progreso que es ley incesante en la vida y en la historia. » Que la Religión, lejos de perecer ó de debilitarse, si rechaza las creencias supersticiosas que la alteran, cobrará fuerzas nuevas, como una planta generosa á la que se desembarazase de las malas yerbas que impiden su crecimiento y su desarrollo.

La Religión debe modificarse con los sentimientos y las ideas, pero no puede cambiar de esencia: es y será siempre el vínculo de las almas. La Religión, así entendida, es la ley de salvación para la humanidad; es la vida del hombre, y cuando le falta se consume en dolorosas agitaciones, sufre sin darse cuenta de la causa de sus sufrimientos, busca un remedio al mal que le atormenta y se extravía por caminos peligrosos ó impracticables.

Apremiadas y hondas dificultades entrafía, en nuestros días, como siempre, el problema religioso; asunto agitado es hoy, el de la Religión en la ciencia y en la vida, desde cuyas esferas se apremian mutuamente los conflictos y las soluciones; y sin embargo esta crisis no es crisis de agotamiento, de generación, inopia y extenuidad, sino crisis de transformación, de crecimiento, de efusión de sávia: « llegada de las olas vivas que invaden playas ignoradas y sumergen altísi-

mas tierras, fecundando unas y otras. » Libre pensamiento, y libertad de conciencia son fórmulas creadoras que, en la esfera científica como en la religiosa, expresan la perenne espontánea aspiración de nuestro espíritu.

SATURNINO MILEGO.

LA BUENA NUEVA.

Cuando las guerras con los Cántabros, Partos y Germanos habian concluido ó estaban en suspenso, en virtud de treguas y armisticios; cuando por la paz general se habia cerrado el templo de Jano, nació al mundo en Judea el Divino Fundador de la Religión Cristiana, cuya pasión y muerte ha solemnizado y adorado en estos días la Iglesia, predicando ante los fieles á la vez el sublime misterio de la Redención. El Evangelio nos demuestra que aquél cuya historia refiere no era, no podía ser, un puro hombre; en sus costumbres resalta la mansedumbre, la inocencia; en sus máximas la ternura, el imperio sobre las pasiones; en sus respuestas la exactitud y la delicadeza; en sus discursos y explicaciones la más profunda sabiduría, tanto que entre sus oyentes se levantaba un grito general de admiración exclamando: *jamás hombre alguno habló así*, y no hay hombre ni sábio que cual Jesús sepa obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentación.

« Cuando Platon describe á su justo, ideal é imaginario, cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todo el premio de las virtudes, pinta rasgo por rasgo y describe á Jesucristo; la semejanza es tan evidente, que todos los Padres la han advertido y no es posible engañarse en ella. ¿Qué cúmulo de preocupaciones, qué ceguedad no es preciso tener para atreverse á comparar al hijo de Sophronisca con el Hijo de María? ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene fácilmente su carácter hasta lo último; y si esta cómoda muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría si Sócrates, con todo su ingenio, sólo habia sido un sofista. Inventó, se nos dice, la moral. Otros ántes que él la habian practicado: no hizo más que decir de palabra lo que aquéllos habian puesto por obra; dar en lecciones sus ejemplos. Aristides habia sido justo, ántes que Sócrates definiera la justicia; Leonidas habia muerto por su patria, ántes que él digera que era un deber morir por ella; Esparta era sóbria, ántes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad; ántes que él hubiese definido la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos; pero aquella moral sublime y pura de que sólo Jesús ha dado lecciones y ejemplos ¿quién ántes que él la habia enseñado? Nadie; entre los suyos no la aprendió: Sócrates y Platon, los sábios de Grecia y de Roma dijeron que se amase á los amigos, pero el Salvador dijo más, mandó que se amase también á los enemigos.

« De entre el seno del más furioso fanatismo se hizo oír la más alta sabiduría; y la sencillez de las más heróicas virtudes honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates hablando y filosofando con sus amigos, es la más dulce que se puede desear; pero la de Jesús, espirando entre tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido por todo un pueblo, es la más horrible que puede temerse. Sócrates

tomando la cicuta, bendice al que se la presenta, el cual llora al tiempo de dársela; pero Jesús en medio de un suplicio terrible ruega por sus mismos verdugos. Es indudable: si la vida y muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.» (1)

Entónces, cuando ésto sucede la naturaleza se turba como si ella padeciese en cada uno de los padecimientos de su Rey; una mano secreta rasga el velo de aquel templo del cual no habia de quedar piedra sobre piedra, como para instruir al judaismo rebelde de que el antiguo culto está ya abrogado; las rocas se rompen como para enternecer y ablandar á unos bárbaros más insensibles que ellas; el sol, como para no dejar ver un crimen tan nuevo, manifiesta en su disco una sombra fúnebre; el Gólgota se cubre de tinieblas, como para ocultar su dolor, y se agita en sus fundamentos, como para manifestar su pena á lo más distante, y todo hace duelo por el Hombre-Dios. Este fenómeno se extiende de Oriente á Occidente; Roma que ignora la causa del eclipse lo consigna en sus fastos; Jesús muriendo reina en el Capitolio, y en Atenas exclama un sábio: «O el Autor de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo se disuelve.»

Ahora bien, estaba anunciado al mundo que á los tres dias contemplaria el testimonio más irrecusable de su divinidad y este anuncio debia cumplirse; pero cuando los hombres tanto habian faltado á su Dios; cuando los elegidos para ser testigos permanentes de sus misterios no habian tenido valor para seguirle hasta el sepulcro sino que habian huido llenos de temor y cobardía, no debian ser ellos los primeros á quienes se presentase, sino á otras personas que, confundiendo con su valor la cobardía de aquéllos, atropellasen las amenazas y el furor de los judíos, cual muchas mujeres en el pueblo de Israel, habian dado notables ejemplos de varonil esfuerzo y poderío ante hombres tímidos y cobardes que no tuvieron valor para morir en el combate ú obtener la victoria. Así cuando el capitán Barac (2) se retiró acobardado á vista de sus enemigos, Dios suscitó la famosa Débora á quien hizo Profeta y Juez de su pueblo; cuando faltaron hombres que hablasen en defensa de la honra de su Dios, suscitó la profetisa Halda (3) y la llenó de su espíritu: cuando en Betulia se desconcertaron los juicios de los sacerdotes y desmayaron sus defensores, suscitó una Judit á cuyo valor debió el pueblo su remedio, y confundió con la fuerza de su brazo la soberbia de los asirios; por lo tanto cuando los elegidos por discípulos no habian tenido valor para confesarle y reconocerle por su Maestro, las mujeres sin temer á los judíos dan testimonio de la verdad de su resurrección, cuyas glorias canta y celebra hoy la Iglesia.

A los muy pocos dias aquellos doce pescadores pobres é ignorantes que abandonaron á su Maestro y no daban crédito al testimonio de las mujeres, se extienden por todos los ángulos de la tierra predicando la doctrina cuyas palabras suenan misteriosamente en los oídos; su voz seduce á las naciones, arrebatada á las gentes, trastorna los imperios, confunde á las razas, y toda esa confusion de naciones, de razas y de gentes se postra ante los piés de aquellos propagadores de la ley evangélica: algunos niegan su doctrina, y triunfa de los que la niegan; todas las pasiones humanas se

revelan contra su imperio y triunfa de todas las pasiones; el paganismo pelea con ella su último combate, y rinde á sus piés al paganismo; emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires; pelea sólo por su libertad, y el mundo la dá el imperio.

Muchos hombres no comprendian que pudiera adorarse á un Dios con un culto en que no hubiese muchas divinidades, muchos sacrificios, muchos símbolos, imágenes y representaciones de esas divinidades; se les resistia creer que un galileo oscuro, pobre, perseguido y crucificado por los de su nacion, pudiese anunciar al mundo ninguna verdad, predicada con humildad por unos sencillos hombres del pueblo, como eran unos pobres pescadores de Betania; de suerte que si los judíos se escandalizaban de la Cruz de Jesucristo y su doctrina, los griegos y romanos la tenian por una insigne locura. Al saber que los cristianos no tenian imágenes, ni se reunian más que para leer y orar, supusieron que sus reuniones secretas tenidas en cementerios subterráneos, se reducian á prácticas supersticiosas é impuras; á degollar los niños y comérselos como en otro tiempo se supuso de los judíos; un partido de fanáticos les acusaba y delataba achacándoles calumniosamente crímenes supuestos, haciéndoles responsables de los huracanes, de las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tiber, de la escasez de aguas del Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarle su Dios arrancándoles la vida, y les arrastraban por las calles, los vendian en los mercados, los bajaban á las minas de la Numidia, los entregaban á los hambrientos lobos, leones y tigres, los arrojaban á las hogueras y los embreaban para que como hachones iluminasen los jardines; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices eran desgarrados por los garfios, sus carnes pasto de las fieras y su sangre consumida por las llamas, en cambio su doctrina permanecia indestructible, y sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, descendiéndose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilas recogidas por Dios.

En tanto los cristianos no sólo se propagaban más cuanto más se les perseguia, sino que se unian más íntimamente, cesando en sus controversias y cuidando de organizarse, manteniendo su fe viva y ferviente; hay fuertes que tiemblan, hay eminencias que flaquean, pero no faltan varones constantes, célebres apologistas que demuestren que la sangre de los mártires era semilla de cristianos y Tertuliano exclamaba: «Somos de ayer y todo lo llenamos, las calles, las plazas, el senado, el foro, los teatros, los palacios, y sólo os dejamos los templos dedicados á vuestros dioses gentiles.»

Por entónces, un varon santo, el anciano de Patmos, San Juan Evangelista, parece que tenia presente los acontecimientos y vicisitudes por que habia de pasar la propagacion de la doctrina que les enseñara su Maestro, así es que cuando sus discípulos le piden un recuerdo, una enseñanza para conducirse en el mundo, sólo les recomienda la caridad, y pesado y enfadoso les repite una y mil veces: *Queridos mios, hijitos mios, amaos los unos á los otros.*

MANUEL NIETO.

(1) J. J. Rousseau. Emile, t. 3.º, pág. 179.

(2) Jueces IV.

(3) IV Reyes XXII.

NO HAY DOLOR COMO EL DOLOR MIO.

En la cumbre del monte, entre la oscura
 Extensa negra noche que se extiende
 Y en compactos celajes se desprende
 De la empinada pavorosa altura,
 Junto al camino dó marcó su huella
 El dolorido pié del Nazareno,
 Enclavada en las peñas del terreno
 Ensangrentada cruz surge y descuella.
 Un poco más atrás, en la vertiente
 De la empinada peñascosa cumbre,
 Destácanse también en su penumbra
 Otras dos cruces más. Reina potente
 La inercia del dolor, oscila el mundo,
 Sin galas la feraz naturaleza
 Se cubre con un manto de tristeza
 Y se concentra en estupor profundo.
 El ave oculta en el flotante nido
 Apaga de sus trinos la armonía;
 La fiera de los bosques en la umbría
 Ahoga de sus fáuces el rugido;
 La planta á quien no mueve el manso viento
 Sobre el tallo se inclina macilenta
 Y la robusta encina corpulenta
 Las raíces arranca de su asiento,
 Ténue fulgor brillante y vagoroso
 Irradia del madero solitario
 En que fué suspendido en el Calvario
 El Santo, el Impecable, el Bondadoso,
 El que cargando con la culpa agena
 Y predicando la inmortal doctrina
 Dejó del cielo la mansion divina
 Y del culpable redimió la pena.
 Nada existe allí ya; los que gritaban
 —Desciende de la cruz y en tí creeremos,
 Por Rey y por Señor te aclamaremos,—
 Y en su furor sin trégua le insultaban,
 Pesarosos del crimen cometido,
 Con la sangre de un Dios tintas las frentes,
 Huyeron aterrados, diligentes,
 Tratando de olvidar lo allí ocurrido.
 Sólo surgen las cruces en la altura
 Y al pié de la primera, anonadada
 Una mujer en lágrimas bañada
 Rebosando en su pecho la amargura,
 La vista fija en el madero santo
 Y busca al hijo que su dicha hiciera,
 Al que niño en sus brazos sostuviera,
 Al hombre en quien fundó todo su encanto.
 Y sólo vé la sangre coagulada
 Que en su traje de duelo se desliza
 Y al caer gota á gota martiriza
 Su alma por las penas destrozada;
 Y también entre angustias el camino
 Que el hijo de su amor, siendo inocente,
 Recorrió desangrado y penitente
 Seguido de un ladron y un asesino,
 Y en las cruces en que éstos sucumbieran,
 De la santa pasion el resultado,
 Al uno redimido y rescatado,
 Y en el otro á los hombres que siguieran
 De su extravío el rumbo pernicioso,
 Para ellos anulando el sacrificio,
 Del Hombre-Dios la muerte en el suplicio
 Y la piedad del Todopoderoso.
 ¡Cuánto rudo sufrir, cuánta agonía,
 Tritura el corazon, destroza el alma,
 Y otorga de los Mártires la palma
 A la dulce y purísima María!
 Madre infeliz que en tu angustioso anhelo,
 Prohijas á los pobres pecadores
 Que aglomeran en tí tantos dolores
 Y acibaran tu triste desconsuelo.

A tus plantas postrado yo te imploro
 Y al contemplar tu negra desventura,
 Con el pecho transido de amargura
 A los piés de la cruz, contigo lloro.

J. GUTIERREZ MATURANA.

Toledo 26 de Marzo de 1880.

Á LA SEÑORITA DOÑA A. C.

EN SU CUMPLEAÑOS.

Ausente y léjos de mí,
 Dulce bien, prenda querida,
 Sabe, vida de mi vida,
 Que no me olvido de tí.
 La ausencia me dá vigor
 Pero no tuerce mi intento,
 Que es aire que dá incremento
 Al incendio de mi amor.
 Y aunque estás léjos de mí
 Fé y esperanza, es mi guía,
 Y tengo desde aquel día
 Fé en Dios, y esperanza en tí.

J. C.

21 de Marzo de 1880.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El romero alfombraba las losas desnudas del templo. Las palmas oscilaban agitándose en curvas airosas, siguiendo los movimientos de la multitud, semejando inmenso campo de rubias espigas mecidas por la brisa de la tarde. Las azules nubes del incienso las envolvían en vagarosa nube, y dulces cantos de alegría, himnos de alabanza se condensaban en la atmósfera. La campana moviendo en la torre su enorme masa anunciaba al mundo la buena nueva con su lengua de metal.

El Mesías esperado de los judíos, el Hijo de Dios, fuerte como David, sábio como Salomon, entraba en Jerusalem entre las aclamaciones entusiastas del pueblo que reconocía en él á su Señor.

*
*
*

Han pasado muy pocos días y la escena ha cambiado por completo.

La suntuosa Catedral llena de inmensa multitud, grandes manchones de sombra interrumpidos de trecho en trecho por la escasa luz de un hachon sujeto á una columna; un silencio respetuoso turbado de cuando en cuando por una brisa de murmullos, de palabras en voz baja; en los ángulos, la sombra luchando con el reflejo de luces lejanas; en el centro un foco brillante. De pronto se apagan todos los ruidos, se extinguen todos los rumores. Léjos, muy léjos, la voz del salmista se levanta débil y balbuciente en un principio; fuerte despues y avasalladora, vibrando armónicamente por la espaciosa nave.... Empieza el *Miserere*. En la noche que precede á la muerte de Jesús, el penitente va á hundir en el polvo la cabeza, á declarar sus culpas y á llamar sobre su frente pecadora la misericordia de Dios.

*
*
*

Yo quisiera poder escribir mis impresiones de esos días; encontrar en el lenguaje pobre y mezquino de los hombres palabras que expresasen el verdadero estado de mi ánimo; que os pudiesen referir mi identificacion con aquella voz que sonaba á lo léjos, ora como un ruego, ora como una blasfemia; mezcla confusa de quejas y alaridos, de suspiros ronc y maldiciones ahogadas. ¡*Misericordia!* clama con los acentos más terribles que han brotado del corazon, y al

oirlo, los dientes castañetean de terror, el alma se sobrecoge y acompaña en silencio aquel eco doloroso con que el hombre pone á las plantas mismas de Dios el espectáculo de sus iniquidades.

Mi madre me concibió en el pecado!—grita en un sollozo, y se cree ver las contorsiones horribles de los condenados del legendario infierno que lamentan desde el abismo haber nacido esclavos de la culpa.

Purifícame y seré limpio; lávame y seré emblanquecido más que la nieve; házme oír gozo y alegría y se recrearán los huesos que has abatido—añade luego, y parece que una fresca lluvia humedece los campos agostados por el sol, y levanta las flores tronchadas y marchitas por el fuego canicular.

* *

Y contrastando con este estrépito del mundo, con esta tempestad de ayes y gritos del alma acongojada, el reposo de la muerte, el silencio de las tumbas, la calma nunca turbada del no-ser, en las pequeñas capillas, que en torno á la Mayor semejan una fantástica cadena. En la capilla de Santiago, todo era silencio; hubiérase podido oír la respiración de un niño dormido en el regazo de su madre. Todo eran tinieblas también; la lámpara que ardía ante el altar del Transparente reflejaba su macilento fulgor en el antiguo retablo; los sepulcros estaban envueltos en la sombra; sólo por una ventana, á través de los vidrios de colores, pasaba un rayo de luna que con su luz plateada hería la noble cabeza de la estatua del Condestable, tendida eternamente sobre su lecho de granito.

Los rumores que sonaban á lo léjos venían allí á morir como un eco debilitado, como un suspiro que rasgaba los aires y se perdía en la elevada bóveda..... Aquella era la paz del sueño eterno; la paz de los sepulcros, única en que creía el poeta hastiado de las dichas mundanales.

* *

Vibró la última nota extendiéndose rápidamente por los ámbitos de la iglesia; se apagaron las luces, y todo quedó en la sombra. Salió la concurrencia á la calle, y las menudas gotas de la lluvia y el fresco de la noche ahuyentaron del cerebro las visiones que forjara la fantasía. Al verse en las tinieblas, libre de aquel cántico sublime, ensanchóse el alma pecadora; no estaba ya delante de su Dios.

* *

Nada diré de la ejecución del *Miserere*, aunque pudiera decir mucho. No estuvo á la altura de la importancia de una Catedral como la de Toledo. Se notó la falta de un buen contralto y tal vez alguna otra. La dirección desafortunada, muy desafortunada; las voces de muy poca extensión; la orquesta desafinó algunas veces.... Lo que es en este concepto fué un verdadero *miserere*.

Dieron las tres en el reloj de la torre; el mundo cristiano exhaló un ¡ay! profundo de agonía, y una bruma espesa se extendió por los corazones: Jesús había muerto. Magdalena, arrodillada bajo la cruz la ciñó en un abrazo, y Ashaverus, fijos los ojos en el Gólgota, asió el bastón nudoso y empezó su carrera precipitada, á través de los desiertos y de las estepas. Parecía que no era un hombre el que acababa de morir, sino la idea que representaba. Por la tarde la procesion del Entierro que vista de noche en las torcidas calles de Toledo ofrecía un aspecto singular. Las luces de las velas amortiguadas por el viento, las férreas armaduras de los guerreros en que se reflejaba el fulgor amarillento de las

hachas, los capuchones negros de los penitentes, los sones cadenciosos y tristes de la marcha fúnebre de Chopin; todo ésto daba á la escena un tinte fantástico imposible de reproducir.

Por cima de todos descollaban los viejos *pasos*. El madero que extendía sus largos brazos en la sombra; el descendimiento de Jesús, por José y Nicodemos; María abismada en su intenso dolor, de hinojos ante la Cruz que sostuviera el cuerpo desgarrado de su hijo..... El pueblo se arrodillaba y sus oraciones subían como ligeras avecillas hasta la pobre madre desolada. Más tarde los fieles se reunieron en algunas iglesias, para llorar la soledad de la madre del Profeta crucificado. Así debieron reunirse los discípulos la noche de la muerte de Jesús, en alguna casa aislada desconocida de sus enemigos, para llorar la ausencia del Maestro. En cuanto á María.... ¡qué larga, qué horrible, qué negra, debió ser para ella aquella noche!

—♦—

Pero las ideas no mueren tan fácilmente como mueren los individuos. Voltean las campanas, se rasga el velo del templo, y el sol le inunda con sus torrentes de luz, y el órgano con sus torrentes de armonías. ¡Alleluya! ¡Alleluya! Jesús ha resucitado; triunfante de la muerte la nueva idea será eterna. Jesús ha resucitado, y el mundo que parecía muerto, resucita también, sintiendo correr por sus venas la sávia de una nueva vida.

—♦—

Me falta espacio para hablaros de todo. Por eso no os diré nada del candoroso Reinaldos que queriendo lucir el jueves su medalla había pedido á Dios que no lloviera, y que al ver que la procesion se quedaba en el templo, sin salir á causa de la lluvia, exclamaba con tono pesaroso: —No me ha oído el Cristo de las Aguas.....

* *

Ni os puedo hablar tampoco de algunos sermones que se han predicado estos días. En uno de ellos, cuando entré en la iglesia, decía el predicador refiriéndose á una de las últimas palabras de Jesús:

—No hay remedio, hermanos míos. O con el buen ladrón ó con el malo.

Al oírle se me erizaron los cabellos, tendí la vista en derredor y respiré. Por fortuna no había allí ningún guardia civil.

Ni os hablaré del sacerdote que tomando á un sacristán por un judío, le trató como antiguamente trataban á éstos desgraciados los cristianos de algunos países, con lo cual edificó sin duda á sus feligreses.....

* *

Me limito á daros dos noticias.

El Comisario de Guerra Sr. Sanchez Bravo, sale uno de estos días para Cuba, á donde ha sido destinado, y se despide por mi conducto, de aquéllos de sus numerosos amigos que por olvido ó equivocación no hayan recibido su tarjeta.

El pensionado por la Diputación provincial para el estudio de la pintura, D. José Gutierrez, ha terminado un excelente trabajo caligráfico que dedica á dicha Corporación, en el que no se sabe qué admirar más, si el exquisito gusto de la composición, ó el esmero con que está ejecutado.

En decadencia los trabajos caligráficos, es indudable que aparte de lo que el Sr. Gutierrez puede adelantar en el estudio de la pintura, le está reservado un brillante porvenir.

* *

Buenos días.

SALTAMONTES.

BIBLIOGRAFÍA.

La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, acaba de publicar el volumen 25, titulado *Manual de Astronomía popular*, por D. Alberto Bosch, Ingeniero de caminos, canales y puertos y Doctor en ciencias.

En este libro se exponen, sin aparato científico, las teorías más curiosas cultivadas por el astrónomo, amenizándolas cuanto es posible, y haciendo resaltar el poco fundamento con que algunos suponen la intervencion de los astros, y sobre todo la Luna, en el éxito de las operaciones del campo; indica despues los fenómenos celestes más curiosos, partiendo del Universo aparente, y llegando, de deducción en deducción, al Universo real; y concluye, por último, disipando la vulgar creencia de que existen lazos indisolubles entre los fenómenos meteorológicos y los astronómicos.

La forma es igual á la de todos los de la *Biblioteca*; consta de un tomo de 224 páginas en 8.º, papel especial higiénico y clara impresion, con una magnífica lámina, completándolo una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la *Biblioteca*, cada volumen cuesta cuatro reales y los tomos sueltos se venden á seis, en la Admis-tracion, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid, y en Toledo, librería de Fando é Hijo, Comercio, 31.

Secretos de los garitos.—*Arte de ganar á todos los juegos.*—Esta nueva obra que acaba de dar á luz la casa editorial de D. Pascual Aguilar, de Valencia, nos demuestra claramente lo perjudicial que es el jugar con personas cuya honradez no esté totalmente reconocida: en ella nos dá

á conocer el autor de la misma, los medios de que se valen los jugadores de ventaja para atraer hácia sí á los incautos y las trampas que ponen en uso para hacer que les sea favorable la fortuna.

Hoy que la afición al juego está tan arraigada en todas las clases de la sociedad, y que la mayor parte de la gente desconoce por completo las artimañas de los tahures, buenos que lean las anécdotas y artificios descritos en este libro, para no dejarse engañar de cierta clase de gente que sólo trata de vivir á costa de los incautos que tienen la desgracia de caer en su poder.

Esta obra forma un volumen de 222 páginas en 8.º y se vende al precio de 8 rs. en las principales librerías.

Para recibir dicha obra, á correo seguido, basta remitir 2 pesetas en libranza del Giro mútuo ó sellos de franqueo, á la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia.

Gaceta rural.—Sale los días 15 y 30 de cada mes. Cada número contiene 16 páginas á dos columnas de lectura compacta y amena, papel superior, tipos claros y nuevos y una cubierta en donde incluimos la seccion de anuncios.

Las secciones en que está dividida la Revista son: Cartilla agraria.—Industrias agrícolas.—Agricultura práctica.—Revista de los periódicos agrícolas.—Noticias.

Precios de suscripcion.—En Madrid y en provincias, seis meses 16 rs.; un año 32.

TOLEDO, 1880.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE FANDO É HIJO,
Comercio, 31 y Alcázar, 20.

ANUNCIOS.**MARIANO RUEDAS É HIJOS,**

OBRA-PRIMA, 22.—TOLEDO.

COMERCIO DE GÉNEROS NACIONALES Y EXTRANJEROS

FABRICA DE JABON,

premiada en las Exposiciones Aragonesa, de Viena y Madrid.

ANTIGUO COLEGIO Y ACADEMIA DE PREPARACION
PARA LAS CARRERAS MILITARES,

DIRIGIDO POR EL COMANDANTE

D. Agustín Montagut y de Félez.

PLAZA DE LA CABEZA, 6.—TOLEDO.

IBAÑEZ Y ANGUITA,

PROFESOR CIRUJANO DENTISTA.
OPERADOR Y MECÁNICO.

Se construyen piezas artificiales con solidez, perfeccion y economía.—Se curan todas las enfermedades de la boca.

Consulta gratis á los pobres de 10 á 5.

Puerta Llana, 12, frente á la de los Leones.

SE VENDEN

once magníficos *evonymus* en sus correspondientes tiestos.

En el callejon de Menores, núm. 9, darán razon.

HISTORIA DE LA CIUDAD DE TOLEDO, SUS CLAROS VARONES Y MONUMENTOS, por D. Antonio M. Gamero.—Un tomo en folio de más de 1.100 páginas, ilustrado con cinco láminas litografiadas.

TOLEDO EN LA MANO, ó descripción histórico-artística de la magnífica Catedral y de los demás célebres monumentos.—Dos tomos en 4.º de 853-666 páginas. Precio, 40 reales en rústica y 48 á la holandesa.

COMPENDIO DE TOLEDO EN LA MANO.—Un tomo en 8.º Precio, 6 rs., rústica.

PLANO DE TOLEDO, por Coello.—Precio, 12 rs.

DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS

á precios reducidos.

LIBRERIA DE FANDO É HIJO, COMERCIO, 31.

PELUQUERÍA Y BARBERÍA MADRILEÑA DE VALERO.

ZOCODOVER, 24.

El dueño de este acreditado Establecimiento ofrece al público un esmerado servicio en afeitar, cortar, rizar el pelo ó lavar la cabeza á real.

Hay abonos á los precios siguientes:

Por afeitar todos los días.	24 rs. al mes.
Por id. un día sí y otro no.	12
Por id. dos veces en semana.	7
Por id. una id. en id.	4
Doce abonos por tarjetas.	10

Especialidad en teñir el pelo y la barba.